

UNA VISITA A CELA

No tiene importancia, pero quizás no le falta un interés mínimo y convencional para contar en esta mesa: Una vez visité a Cela.

Llamé por teléfono, el ánimo preparado por si me salía su voz. Pero respondió una voz sencilla y casi débil de mujer. Yo le dije que era sacerdote y que llamaba para solicitar una entrevista con don Camilo para una revista eclesiástica local. Le dije que interesaba su opinión sobre ciertos asuntos.

La mujer me pidió que esperara un momento, dejó el teléfono y fue, supuse, a preguntar. Al poco tiempo volvió y me dijo que sí. Me propuso un día y una hora. Yo acepté y "quedamos", que dicen ahora, para la entrevista...

En el momento indicado, yo subía en autobús hacia La Bonanova, una zona residencial de la ciudad que se alza sobre la bahía. Alguna vez había pasado por delante del conocido chalé de Cela —callado, de ladrillo oscuro—, y allí me planté a la hora fijada. Llamé y salió una mujer de algo más que mediana edad, atenta y silenciosa. Supuse, y supongo, que era la esposa del escritor. Me invitó a pasar, y la seguí. De este modo me llevó hasta una sala donde me encontré con Cela. Nos dimos la mano. Él iba en mangas de camisa (seguramente yo también) y me dedicaba una actitud seria y atenta.

Recuerdo pocas cosas. Aquella sala, bastante grande, estaba enteramente adornada de cuadros, libros y objetos variados en los que no me fijé. Nos sentamos, y creo que fue él quien invitó a fumar. Yo le dije que mi propósito era hacerle varias preguntas sobre la situación de la Iglesia siguiendo un cuestionario que propondríamos a otros escritores de la tierra. Aquí tuve que encajar la primera objeción: "Hace tiempo que he resuelto no contestar a cuestionarios colectivos. De modo que Vd. verá". El hombre se mostraba atento, pero soltó sin apuros aquel "De modo que Vd. verá"... Sin embargo, y quizás para dejar aquello como una minucia, luego me dijo: "Lo suyo es que Vd. cuente a su manera esta entrevista, claro". No recuerdo cómo expresaría yo mi reacción ante aquel obstáculo, pero lo cierto es que, apaciblemente, seguimos hablando. Recordaré un par de detalles.

Uno es que él entró en la cuestión de "dios", y, por lo que recuerdo, dijo algo sobre la dificultad de precisar ideas sobre el tema. Yo acogí bien su pensamiento y añadí, naturalmente, algo propio. Y ahora llega lo que quiero recordar. Le expresaba yo mi temor, tras mis apuntes, sobre mis dificultades para conseguir una expresión clara, cuando él me espetó: "Se expresa Vd. muy bien...". Puse cara de no haberle oído, pero un diagnóstico así, en casos difícilmente curables como es el mío, todavía puede dar un alivio momentáneo...

Tengo otro recuerdo. Estábamos sentados y fumando, con una mesita en medio en la que había un cenicero. Como esta mesita era algo ancha, ninguno de los dos llegábamos al cenicero si éste no era acercado a uno y a otro lado. No recuerdo quién empezó, pero

optamos por acercarnos el cachivache uno al otro después de sacudir, respectivamente, la ceniza del cigarrillo.

No, nada más. Me acompañó él hasta la calle, y al despedirnos, yo, sonriendo, le hablé del Nobel. Él hizo unos aspavientos para retirar del aire tan mala idea, y yo me reí algo más. Años después se lo darían.

es.humanidades.literatura
5 octubre 2006